

Vista tambien esta parte de la Alhambra, creí verdaderamente que ya no quedase nada que visitar, y otra vez cometí la imprudencia de decirselo á Gón-gora. No pudiendo entónces contenerse, me llevó delante de un plano del edificio pegado á la pared, y me dijo:

—Mire V., y verá que todas las salas, patios y torres que hemos visitado hasta ahora, no ocupan siquiera la vigésima parte del espacio que abrazan los muros de la Alhambra; verá V. que no hemos visitado aún los restos de otras tres mezquitas, las ruinas de la casa del Cadí, la torre del Agua, la torre de las Infantas, la torre de la Prisionera, la torre del Candil, la torre de los Picos, la torre de los Puñales, la torre de los Siete Melos, la torre del Capitan, la torre de la Bruja, la torre de las Cabezas, la torre de las Armas, la torre de los Hidalgos, la torre de las Gallinas, la torre del Cubo, la torre del Homenaje, la torre de la Vela, la torre de la Pólvora, los restos de la casa de Mondejar, los cuarteles militares, la puérta de hierro, los muros interiores, las cisternas, los paseos; porque ha de saber V. que la Alhambra no es un palacio, sino una ciudad; y una ciudad en que se podria pasar la vida buscando arabescos, leyendo inscripciones, descubriendo cada dia una perspectiva nueva de colinas y montañas, y teniendo un éxtasis por cada una de las veinticuatro horas del dia.

Y yo que pensaba haber visto la Alhambra!

No quise ver más por aquel dia, y Dios sabe cómo

llevaba la cabeza cuando llegué á la fonda. Volví á la Alhambra al siguiente, y continué yendo diariamente mientras estuve en Granada, con Góngora, con otros amigos, con cicerones ó solo. Cada vez me parecía más grande y cada vez más hermosa: recorrí aquellos patios y aquellas salas, y pasé horas y horas sentado entre las columnas ó asomado á las ventanas, con un placer siempre creciente, descubriendo de continuo bellezas nuevas, y abandonándome á aquellas vagas y deliciosas fantasías entre las cuales habia errado mi mente el dia primero. No sé decir ya por dónde me hacian pasar los amigos para penetrar en la Alhambra; pero recuerdo que cada dia encontraba muros, torres y calles desiertas que no habia visto ántes, y se me antojaba que la Alhambra hubiese mudado de sitio ó se hubiera trasformado, ó que le nacieran en derredor, como por encanto, nuevos edificios que alteraban su aspecto primitivo. ¿Quién podria describir las bellezas de aquellos lugares cuando estaba para caer el sol? Quién aquel bosque fantástico cuando lo iluminaba el resplandor de la luna? Quién la llanura inmensa y las montañas cubiertas de nieve, en las noches serenas; los grandiosos contornos de aquellos muros enormes, de aquellas soberbias torres, de aquellos árboles gigantescos, sobre el cielo tachonado de estrellas; el prolongado rumor de aquellas masas de verdura que llenan los valles y cubren las faldas de las colinas, cuando soplaba la brisa? Era un espectáculo en cuya presencia perdian la palabra mis compañeros, nacidos en Granada y habituados

á él desde la infancia. Andábamos largos trayectos en silencio, cada uno sumergido en sus propios pensamientos, con el corazón oprimido por una tristeza dulcísima, que á veces humedecía nuestros ojos y nos obligaba á levantar el rostro hácia el cielo en un arranque de gratitud y de ternura.

Cuando volví á la fonda, el día de mi llegada á la ciudad, en vez del silencio y quietud que esperaba hallé el patio iluminado como un salón de baile, gente en las mesas, que tomaba helados, y gente que iba y venía por los corredores charlando y riendo. Tuve que esperar una hora ántes de poder acostarme; pero pasé aquella hora muy agradablemente. A tiempo que miraba un mapa de España colgado en la pared, se me acercó un hombron con la cara color de remolacha y el vientre que le caía sobre las rodillas, y tocándose el gorro me preguntó si era italiano. Contesté que sí, y él añadió sonriendo.

—Yo también; yo soy el dueño de la fonda.

—Me alegro mucho; tanto más cuanto que veo que se hace V. de oro.

—*Dio buono!*...—respondió con una voz que quería parecer melancólica;—sí... no me lamento; pero... créame V., querido señor: por bien que vayan los negocios, cuando está uno lejos de su país, aquí (y se llevó una mano al enorme abdomen) aquí se siente siempre un vacío.

Le miré el vientre.

—Un gran vacío,—repitió el fondista.—La patria no se olvida nunca..... De qué provincia es V., señor?

—De la Liguria. Y V.?

—Del Piamonte. Liguria! Piamonte! Lombardía! Aquellos son países!

—Hermosos países, no cabe duda; pero al fin de cuentas, V. no puede lamentarse de España. Está en una de las mejores ciudades del mundo, es dueño de una de las mejores fondas de la ciudad, tiene multitud de forasteros todo el año, y además, según veo, goza de una salud envidiable.

—Pero el vacío!

Le miré de nuevo el vientre.

—Ya comprendo, querido señor; pero se engaña V. si me juzga por las apariencias. No puede usted imaginarse lo que experimento cuando viene á parar aquí un italiano. Qué quiere V.? Será una debilidad... no sé...; pero quisiera verlo todo el día á la mesa; y crea V. que si no fuese por las burlas de mi mujer, sería capaz de mandarle á mi cuenta una docena de platos de entremeses..... como si tal cosa.

—A qué hora se come mañana?

—A las cinco. Por lo demás... aquí se come poco... países cálidos... todos se alimentan á la ligera... *de cualquier nacionalidad que sean*... es una regla. Pero, no ha visto V. al otro italiano que tengo en la fonda?

Miró alrededor diciendo esto, y un hombre que nos estaba observando desde una esquina del patio se acreó en seguida á nosotros. El fondista nos dejó solos despues de pocas palabras. Era el otro un hombre sobre los cuarenta años, mezquinamente

vestido, que hablaba con los dientes apretados y retorciéndose las manos con un movimiento convulsivo, como si tuviera que dominarse para no emprenderla á puñadas. Me dijo que era lombardo de nacimiento y corista de profesion, y que habia llegado el dia anterior á Granada con otros cantantes escriturados para el verano.

—Maldito pais!—exclamó sin otro preámbulo, buscando con la vista el auditorio como si quisiera pronunciar un discurso.

—No está V. á gusto en España?—le pregunté.

—En España? Yo? Perdone V.; pero es lo mismo que preguntarme si estaria á gusto en presidio.

—Y por qué?

—Por qué? Pero V. no vé que gente son los españoles? Ignorantes, supersticiosos, fátuos, sanguinarios, impostores, bribones, charlatanes, infames.

Y se estuvo un momento inmóvil en actitud interrogante, con las venas del cuello tan hinchadas que parecia le iban á saltar.

—Poco á poco,—respondí;—su juicio no me parece bastante favorable para que pueda decirle que pienso como V. En cuanto á ignorancia, excúseme, no nos toca á nosotros los italianos, á nosotros que tenemos todavía ciudades donde se persigue á pedradas á los maestros de escuela y hay profesores que mueren asesinados por haber reprobado á sus alumnos, no nos toca á nosotros, hoy por hoy, levantarle el gallo á nadie. En cuanto á supersticion, ¡pobres de nosotros! Si vemos en las ciudades de Italia en que la educacion popular está más difundida

armarse un alboroto indecible, porque una chiquilla se encuentra en mitad de la calle una imágen milagrosa de la Virgen...! Y en cuanto á crímenes, le declaro á V. francamente, que si tuviese que hacer un paralelo entre ambos países con cuadros estadísticos á la mano delante de un auditorio de españoles, sin conocer primero las sumas y resultados... llevaría un poco de miedo. No quiero decir con esto, que en general no naveguemos nosotros por mejores aguas que España; lo que quiero decir es, que un italiano que juzgue á los españoles, debe ser indulgente si quiere ser justo.

—No estoy conforme, dispense V... Un país *sin rumbo político!* Un país *presa de la anarquía!* Un país... Vamos, cíteme V. un grande hombre español de estos tiempos.

—No sé... Hay tan pocos por todas partes!

—Cíteme V. un Galileo!

—Ah! Galileos no tienen siquiera uno.

—Cíteme V. un Rattazzi!

—Tampoco Rattazzis.

—Cíteme V... Pero, qué! no tienen nada. Además, le parece á V. bonito el país?

—Hombre! sobre este punto no cedo. Andalucía (para no citar más que una region) es un paraíso. Sevilla, Cádiz, Granada son ciudades magníficas.

—Cómo! Le gustan á V. las casas de Sevilla y de Cádiz, que lo llenan á uno de cal desde la cabeza á los piés en cuanto se arrima á las paredes? Le gustan á V. aquellas calles por donde es difícil pasar despues de una buena comida? Le parecen á V. be-

llas las mujeres andaluzas con esos ojos de espiritadas? Vamos, es V. demasiado indulgente: esto no es un pueblo *sério*. Han llamado á D. Amadeo y ahora no lo quieren. Como que son indignos de que los gobierne *un hombre civilizado!* (Textual).

—Pero no encuentra V. nada bueno en España?

—Nada.

—Por qué está V. aquí entónces?

—Estoy... porque como.

—Ya es algo.

—Pero de qué manera como! Lo mismo que un perro. Quién no sabe lo que es la cocina española?

—Dispense V.: ¿por qué en vez de comer como un perro en España, no se va á comer como un hombre en Italia?

Aquí el pobre artista se vió un poco embarazado, y para sacarlo de empacho le ofrecí un cigarro, que aceptó y encendió sin decir palabra. No fué el único italiano en España que me hablase de aquel modo del país y de sus habitantes, negando hasta la serenidad del cielo y la gracia de las andaluzas. Ignoro qué gusto pueda sacarse de viajar así, con el corazón cerrado á todo sentimiento benévolo, y continuamente dispuestos á censurar y á vilipendiar, ni más ni ménos que si toda cosa buena y bella que se encuentra en un país extranjero hubiera sido robada al nuestro, y no pudiéramos nosotros lisonjearnos de valer algo sino á condicion de que los demás no valgan nada. La gente que viaja con tal disposicion de ánimo, me inspira compasion más bien que cólera, porque se priva voluntariamente de muchos place-

res y muchas satisfacciones. Pienso así juzgando al resto por mí mismo, puesto que á cualquier parte que yo vaya el primer sentimiento que me producen las cosas y las personas es un sentimiento de simpatía; un gran deseo de no ver nada que me obligue á censurar; una necesidad de embellecer las cosas de suyo bellas, de ocultarme las desagradables, de dispensar los defectos, de poder decirme francamente y decir á los demás que estoy contento de todos y de todo. Ningun esfuerzo tengo que hacer para lograr este objeto: las cosas vienen á mis ojos casi espontáneamente bajo el aspecto más grato, y mi imaginacion tiñe con benignidad los que no lo son tanto de un ligero color de rosa. Sé bien que de este modo no se estudia un país, ni se escriben *Ensayos Críticos*, ni se adquiere fama de hombre profundo; pero sé que se viaja con el alma tranquila, y que los viajes dejan un provecho indecible.

Al otro dia fuí á ver el Generalife, que venia á ser la quinta de los reyes árabes, y cuyo nombre va unido al de la Alhambra como el de la Alhambra al de Granada, por más que del Generalife antiguo solamente queden algunos arcos y algunos arabescos. Es un palacio pequeño, sencillo y blanco; tiene pocas ventanas, y está rematado por una azotea, y medio escondido entre laureles y arrayanes, sobre la cúspide de un monte floridísimo que se eleva á orillas del Darro, enfrente de la colina de la Alhambra. Delante de la fachada del palacio se extiende un jardín no muy grande, y otros jardines van sobreponiéndose casi en la forma de una vasta escalera has-

ta la cresta del monte, donde hay una altísima galería que cierra el recinto del Generalife. Las alamedas de los jardines, las anchas escalinatas que conducen de uno á otro, los cuadros de flores, están rodeados de altas espalderas, coronados de arcos y divididos por cabañas de arbustos entrelazados caprichosamente; á cada paso se ven casitas blancas bajo la sombra de un emparrado, y grupos de naranjos y cipreses dispuestos con pintoresca simetría. El agua corre por allí con tanta profusion como en tiempo de los árabes, y da al lugar una gracia, una frescura y una vida que no pueden describirse. En todas partes se oye el murmurar de los arroyuelos y las fuentes; se da vuelta á una alameda, y se encuentra un saltador; se mira por una ventana, y vése otro que llega hasta el umbral; se penetra en un grupo de árboles, y se reciben en la cara los salpicones de una pequeña cascada; vuélvase uno á donde quiera, encontrará agua que salta, ó que corre, ó que llueve, agitándose y brillando entre las plantas y el césped. Desde lo alto de la galería pasea la vista por todos aquellos jardines, que van descendiendo en declives y escalones; se interna en el abismo de vegetacion que separa los dos montes; abraza todo el recinto de la Alhambra, con las cúpulas de sus templetos, las torres lejanas y los senderos que caracolean entre sus ruinas; se extiende sobre la ciudad de Granada, sobre la llanura, sobre las colinas, y recorre las crestas de Sierra Nevada, tan cercanas en la apariencia, que se antoja poder llegar á ellas en una hora. Mientras contemplais este espectáculo,

acarician vuestros oídos el murmullo de cien fuentes y el débil sonido de las campanas de la ciudad, que viene hácia lo alto en ondas intermitentes, mezclado con los aromas misteriosos de un paraíso terrestre.

Más allá del Generalife, en la cresta de un monte todavía más elevado, ahora escuálido y desnudo, alzábanse en tiempo de los árabes otros palacios reales, y se extendían otros jardines unidos entre sí por grandes alamedas flanqueadas de mirtos. Hoy han desaparecido todas aquellas maravillas de arquitectura, cubiertas de bosques, fuentes y flores; aquellas aéreas y encantadoras mansiones; aquellos nidos espléndidos y perfumados de amor y de delicia; y apenas algún montón de escombros ó algún pequeño pedazo de pared

«Ne fa fede e ricordo al passeggero.»

Pero estas ruinas, que en otra parte producirían un sentimiento de melancolía, no lo producen ante el espectáculo de aquella hermosísima naturaleza, á cuyo encanto parece imposible que alcancen nunca las obras más admirables de los hombres.

De vuelta á la ciudad me detuve en un extremo de la Carrera del Darro, frente á una casa adornada de bajo-relieves que representan escudos heráldicos, armaduras, querubines y leones. Esta casa tenía un pequeño mirador en la esquina, y sobre el mirador, parte de este lado, parte de aquél, leí la siguiente

misteriosa inscripcion en grandes caractéres de imprenta: *Esperando la del cielo*. Con curiosidad de saber el sentido oculto de aquellas palabras, las anoté para interrogar al docto padre de mi amigo, el cual me dió de ellas dos explicaciones: una casi segura, pero poco romántica; otra romántica, pero muy dudosa. Hé aquí la última. Pertenece aquella casa á D. Fernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos, á quien Dios habia dado una bellissima hija. Un jóven hidalgo, de familia enemiga ó inferior por nobleza á la familia de los Zafras, se enamoró de la jóven, fué correspondido, la pidió en matrimonio, y no la obtuvo. La negativa del padre dió nuevo aliento al fuego amoroso de los jóvenes; las ventanas de la casa eran bajas; una noche el enamorado consiguió escalarlas y penetrar en el aposento de la doncella. Sea que derribase al paso una silla, ó que toñera, ó que lanzara un ligero grito de alegría al ver á su hermosa amante con los cabellos sueltos y los brazos abiertos (que esto la tradicion no lo dice ni nadie lo sabe), el hecho es que D. Fernando de Zafra oyó el ruido, corrió al aposento, vió lo que pasaba, y ciego de furor se lanzó contra el desventurado jóven para darle muerte. Consiguió éste huir, y persiguiéndole D. Fernando fué á tropezar con uno de sus propios pajes, medianero de aquellos amores, que ayudara al hidalgo á penetrar en la casa. Tomóle D. Fernando por el seductor, y sin oír súplicas ni explicaciones hizo que lo ahorcaran en el mirador. Refiérese que cuando aquella pobre víctima gritaba:—Piedad! Piedad!—el ofendido padre le contes-

tó señalando al mirador:—Ahí te quedarás *esperando la del cielo*:—respuesta que luego mandó esculpir en el muro, para perpétuo espanto de los seductores y de los que les asisten.

Consagré el resto del día á las iglesias y á los conventos.

La Catedral de Granada merece, mejor aún que la de Málaga que también es bella y magnífica, ser descrita parte por parte; pero basta ya de descripciones de iglesias. Fundada en 1529 por los Reyes Católicos sobre las ruinas de la principal mezquita de la ciudad, se ha quedado luego sin concluir. Tiene una gran fachada con tres puertas, y estatuas y bajo-relieves por adorno; se compone de cinco naves divididas entre sí por veinte pilares desmesurados, y cada pilar está á su vez compuesto de varias sutiles columnas. En las capillas hay cuadros de Bocanegra, esculturas de Torrigiani, sepulcros y ornamentos preciosos. Es digna de mencion especial la capilla mayor, sostenida por veinte columnas corintias, en dos órdenes, sobre el primero de los cuales se alzan las estatuas colosales de los doce Apóstoles, y sobre el segundo una gran cornisa cubierta de guirnaldas y cabezas de querubines. Las graciosas ventanas de arriba tienen vidrios pintados que representan la Pasión, y de encima de ellas se lanzan á lo alto diez arcos atrevidos que forman la bóveda de esta capilla. En los arcos que enlazan una columna con otra se admiran seis grandes pinturas de Alonso Cano, las cuales tienen fama de ser su obra mejor y más completa.

Puesto que he nombrado á Alonso Cano, hijo de Granada, y uno de los primeros pintores españoles del siglo XVII, que aunque discípulo de la escuela sevillana más bien que fundador de escuela propia como alguien pretende, no es por eso ménos original que los más grandes de sus contemporáneos, quiero decir aquí algunos rasgos de su índole y de su vida, poco conocidos fuera de España, pero singularmente notables. Alonso Cano fué el pintor español más quimerista, más colérico, más violento. Pasó toda la vida litigando. Era eclesiástico. Desde 1652 á 1658, durante seis años consecutivos, sin un día de interrupcion, litigó con los canónigos de la Catedral de Granada, de la cual era racionero, porque no queria, de acuerdo con lo estipulado, ascender á sub-diácono. Antes de salir de Granada, rompió con sus propias manos una estátua de San Antonio de Pádua, que habia hecho él mismo por encargo de un oidor de la cancillería, á causa de que éste se permitió observarle que el precio le parecia un poco subido. Nombrado maestro de dibujo del príncipe de Astúrias, á quien parece que Dios no llamaba por el camino de la pintura, le aburrió de tal modo, que el príncipe se vió en la necesidad de acudir al Rey para que le librase de sus manos. Vuelto á Granada por una gracia especialísima, cerca del cabildo de la Catedral, conservó tan vivo el rencor de sus antiguos pleitos, que jamás quiso dar una pincelada de que pudiesen aprovecharse. Pero es poco. Sentía un ódio ciego, bestial é inextinguible contra los hebreos, y se le habia metido en la cabeza que

el tocar de cualquier manera á un hebreo ó á un objeto tocado por hebreos debía producirle una desgracia. Esta preocupacion le llevó á las extravagancias más disparatadas del mundo. Si andando por las calles rozaba con un hebreo, en seguida se quitaba el vestido infectado, y se iba á su casa en mangas de camisa. Si por casualidad lograba descubrir que, ausente él, habia un criado recibido en su casa á cualquier hebreo, expulsaba al sirviente, tiraba el calzado con que él mismo pisara el pavimento profanado, y á veces lo mandaba renovar para mayor satisfaccion. Encontró medio de cuestionar hasta en su muerte. Reducido al último extremo, y habiéndole presentado el confesor un gran crucifijo para que besara la efigie, lo rechazó de sí, y dijo:—Padre, dadme una cruz desnuda, á fin de que yo pueda venerar á Jesucristo como él es en sí y como lo contemplo en mi alma.—Tenia con todo un corazon escogido y caritativo; aborrecia las acciones bajas, y amaba con profundo y purísimo amor el arte en que se hizo inmortal.

Luego que en la iglesia hube visitado todas las capillas y me preparaba á salir, apoderóse de mí la sospecha de que me quedaba que ver algo todavía. No habia visto la *Guia* ni me habia dicho nadie una palabra; pero buscaba con los ojos por todas partes sin saber lo que buscaba. Un cicerone que estaba observándome se acercó cautelosamente, como hacen todos ellos, y me preguntó con aire de misterio:

—Quiere V. algo?

—Quisiera,—respondí,—que me dijese V. si hay algo que ver en esta Catedral además de lo que se vé desde aquí.

—Cómo!—exclamó el cicerone;—no ha visto usted aún la capilla real?

—Y qué hay en la capilla real?

—Qué hay? Pues nada ménos que los sepulcros de Fernando é Isabel la Católica.

Era cabalmente lo que yo queria decir. Tenia en la mente un lugar preparado para esta idea, y la idea no estaba. Los Reyes Católicos debian tener su sepulcro en Granada, donde acabaron la última gran guerra caballeresca de la Edad media, y donde dieron á Cristóbal Colon el encargo de armar las naves que habian de llevarle al nuevo mundo. Corrí, más bien que anduve, hácia la capilla real: un viejo sacristan nos abrió la puerta de la sacristia, y ántes de dejarme entrar á ver las tumbas, me llevó delante de una especie de armario lleno de objetos preciosos, y me dijo:

—Ya sabrá V. que Isabel la Católica, no sabiendo dónde encontrar dinero para proveer á Cristóbal Colon de lo necesario, porque las cajas del Tesoro estaban vacías, empeñó sus joyas con ese fin.

Sí, lo sabia. Y bien...?—pregunté con ímpetu, y sintiendo latir apresuradamente mi corazon, porque preveia la respuesta.

—Pues bien,—contestó el sacristan;—esta es la caja en que la reina metió sus joyas para empeñarlas.

Abrió diciendo así el armario, tomó la caja y me la alargó.

Ah! Digan los hombres fuertes todo lo que quieran; en cuanto á mí, aquellas son cosas que me estremecen y me arrancan lágrimas.—He tocado la caja que contuvo los tesoros que permitieron á Colón descubrir la América!—Cada vez que repito estas palabras se me altera la sangre.—La he tocado con estas manos,—añado,—y me miro las manos.

Se guardan tambien en aquel armario la espada del rey Fernando, la corona y cetro de Isabel, un misal, y varios ornamentos del rey y de la reina.

Penetrando en la capilla, entre el altar y una gran verja de hierro que lo separa del resto, me ví delante de dos grandes mausoleos de mármol adornados de estátuas y bajo-relieves de gran precio: sobre uno de ellos están tendidas las estátuas de Fernando V y de Isabel I, vestidas con sus hábitos reales, la corona, la espada y el cetro; sobre el otro las estátuas de dos príncipes españoles; y en torno de éstas y de aquéllas, leones, ángeles, emblemas y ornamentos variadísimos, que ofrecen un aspecto régicamente austero y magnífico.

El sacristan encendió un hachon, y señalándome una especie de trampa situada en derechura del pasillo que separa los dos mausoleos, me rogó que la alzase para bajar al subterráneo. La alcé con ayuda del cicerone, y bajamos por una escalerilla hasta la pequeña estancia subterránea, donde hay cinco cajas de plomo revestidas de otras de hierro, y cada cual señalada por dos iniciales que encima tienen una corona. El sacristan aproximó la luz, y tocando

una por una las cinco cajas, dijo con voz pausada y solemne:

—Aquí descansa la gran reina Isabel la Católica. Aquí el gran rey Fernando V. Aquí el rey Felipe el Hermoso. Aquí doña Juana la Loca. Aquí doña María, su hija, muerta á la edad de nueve años. Dios los tenga á todos en su santa gloria.

Puso el hachon en tierra, cruzó los brazos y cerró los ojos, como para dejarme entregado á mis meditaciones.

Tendria para rato el que quisiera describir todos los monumentos religiosos de Granada: la magnífica Cartuja; el Monte Sacro, cuyas entrañas encierran las grutas de los mártires; la iglesia de San Jerónimo, donde está sepultado el Gran Capitan; el convento de Santo Domingo, fundado por el inquisidor Torquemada; el del Angel, que contiene pinturas de Cano y de Murillo, y otros varios. Pero supongo al lector mucho más cansado que yo, y le hago gracia por esto de una montaña de descripciones que probablemente no le darian más que una idea asaz confusa de las cosas.

Sin embargo, ya que he nombrado el sepulcro del gran capitan Gonzalo de Córdoba, no puedo dejar de traducir un curioso documento que se refiere á él, y que me dió en la iglesia de San Jerónimo un sacristan admirador de las hazañas de aquel héroe.

El documento está redactado á modo de anécdota, en los términos siguientes:

«Cada paso del gran capitan Gonzalo de Córdoba

fué un asalto, y cada asalto una victoria; doscientas banderas ganadas por él adornaron su sepulcro en el convento de los Jerónimos de Granada. Sus émulos envidiosos, y en particular manera los tesoreros del reino de Nápoles, en 1506, indujeron al Rey á que le pidiese cuentas del uso que habia hecho de las grandes riquezas obtenidas para sostener la guerra en Italia: el Rey fué tan mezquino que consintió en ello, y hasta en asistir al acto de la conferencia.

Gonzalo acogió aquella demanda con altísimo desprecio, y se propuso dar una severa lección á los tesoreros y al Rey, acerca del modo de tratar y considerar á un conquistador de reinos.

Respondió con gran indiferencia y serenidad que prepararía las cuentas para el otro día, y que haría ver entónces quién era el deudor: si él ó el fisco. Reclamaba éste ciento y treinta mil ducados que se le habian remitido en la primera data, ochenta mil escudos por la segunda, tres millones por la tercera, once por la cuarta, trece por la quinta, y así continuaba refiriendo el grave, gangoso y enjuto secretario que autorizaba un acto tan importante.

El gran Gonzalo mantuvo su palabra: se presentó en la segunda audiencia, y sacando el voluminoso libro en que llevaba asentada su justificación, comenzó á leer con voz alta y sonora las siguientes partidas:

Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por el triunfo de las armas españolas.

Cien millones en palas, picos y azadones.

Cien mil ducados en pólvora y balas.

Diez mil ducados en guantes perfumados, para preservar á los soldados de la pestilencia que producian los cadáveres enemigos tendidos en el campo de batalla.

Ciento setenta mil ducados para renovar campanas destruidas por tanto tocar en celebridad de las victorias españolas.

Cincuenta mil ducados en aguardiente para el ejército un día de batalla.

Millon y medio de ducados para mantener prisioneros y heridos.

Un millon en misas y acciones de gracias al Todopoderoso.

Trescientos millones en sufragios por los muertos.

Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías...

Y cien millones, por la paciencia que demostré ayer oyendo que el rey pedia cuentas á quien le ha regalado un reino.

Estas son las célebres cuentas del Gran Capitan, cuyos originales están en manos del conde de Altamira.

Una de las cuentas originales con la firma autógrafa del gran Gonzalo se conserva cuidadosamente en el Museo militar de Lóndres.»

Leido este documento, volví á la fonda haciendo malignos paralelos entre Gonzalo de Córdova y los generales españoles de nuestros tiempos, paralelos

que altas razones de Estado, como se dice en las tragedias, me impiden referir.

En aquella fonda veia algo nuevo cada dia. Paraban allí muchos estudiantes venidos de otras universidades á sufrir exámen en la de Granada, bien porque en Granada fuesen de manga más ancha, ó por cualquier causa distinta que no conozco. Comian todos en mesa redonda. Una mañana, durante el almuerzo, nos anunció un jovenzuelo de poco más de veinte años que tenia que examinarse de derecho canónico á las dos de la tarde, y que no estando muy seguro de sí mismo, habia decidido tomar un vasito de vino para refrescarse las fuentes de la elocuencia. Hecho á beber siempre vino aguada, cometió la imprudencia de vaciar de un solo trago todo un vaso de Jerez. Su rostro se alteró al momento de una manera tan extraña, que si no hubiera yo visto el cambio con mis propios ojos, no hubiese reconocido en él á la misma persona.

—Basta ya!—le gritaron los amigos.

Pero el jóven, que de repente se habia sentido fuerte, animado y temerario, lanzó á sus compañeros una mirada compasiva, y ordenó al criado con ademán majestuoso que le sirviera otro vaso.

—Te vas á emborrachar,—le dijeron.

Por toda respuesta se bebió el segundo, apoderándose entónces de él una charla irresistible. Estaríamos á la mesa cosa de veinte personas, y en pocos minutos trabó conversacion con todas, y nos hizo mil revelaciones sobre su vida pasada y sus proyectos para el porvenir. Dijo que era de Cádiz, que te-

nia treinta y dos mil reales de renta al año, y que pensaba dedicarse á la carrera diplomática, porque con aquella renta, añadiéndole alguna cosita que habia de dejarle un tío suyo, le parecia á él que podría hacer buena figura en cualquier parte; que habia determinado casarse á los treinta años, y casarse con una mujer tan alta como él, por ser opinion suya que la esposa ha de tener la misma estatura que el marido, para evitar que sobresalga uno ú otro; que de muchacho se enamoró de la hija de un cónsul americano, hermosa como una flor y derecha como un pino, pero con una manchita amoratada detrás de la oreja, que le sentaba muy mal, aunque sabia cubrirsela perfectamente con la mantilla (y aquí figuraba con la servilleta cómo se la cubria); que D. Amadeo era un hombre demasiado ingénuo para que le fuese bien gobernando á España; que él habia preferido siempre á Espronceda en comparacion con Zorrilla; que el ceder la isla de Cuba á los americanos era una necedad; que del exámen de derecho canónico se le importaba ya un bledo, y que queria beber otros cuatro deditos de Jerez, que es el primer vino de Europa.

Bebió en efecto el tercer vaso, á pesar de los buenos consejos y desaprobacion de sus amigos, y despues de haber charlado algun tiempo más entre las risas del auditorio, enmudeció de pronto, miró fijamente á una señora que estaba delante de él, bajó la cabeza y se quedó adormecido. Creí que por aquel dia no podria presentarse al exámen; pero fué al contrario. Lo despertaron una hora más tarde, subió

á lavarse la cara, corrió á la Universidad todo soñoliento, y salió de allí aprobado, para mayor gloria del vino de Jerez y de la diplomacia española.

Los dias siguientes empleé en ver los monumentos, ó por mejor decir, las ruinas de los monumentos árabes que además de la Alhambra y el Generalife atestiguan el esplendor de Granada. Como fué el último baluarte del islamismo, es entre todas las ciudades de España la que conserva de él más numerosos recuerdos.

En la colina que se llama de Dinamar, ó fuente de las lágrimas, se ven todavía los restos de cuatro torres que señalaban los ángulos de una gran cisterna, á la cual afluían desde la sierra las aguas destinadas al uso de la ciudad. Un tiempo hubo allí baños, jardines y quintas de que no quedan trazas: desde aquella altura se abrazaba en una rápida ojeada la ciudad, con sus minaretes, sus terrados y sus blancas mezquitas destacándose entre palmeras y cipreses. Consérvase cerca una puerta árabe, llamada de Elvira, que viene á ser un gran arco coronado de almenas. Más allá ruinas de palacios pertenecientes á los califas. Junto al paseo de la Alameda una torre cuadrada con una gran sala interior, y en la sala los acostumbrados arabescos. Junto al convento de Santo Domingo, restos de jardines y de palacios que estuvieron unidos á la Alhambra por un camino subterráneo. Dentro de la ciudad, la Alcaicería, mercado árabe casi intacto, el cual se compone de varias callejuelas rectas y estrechas como corredores y